

Tercera . . . 1'50 pta.
Semestre . . . 3'00
Año . . . 5'00
Número suelto . 0'15

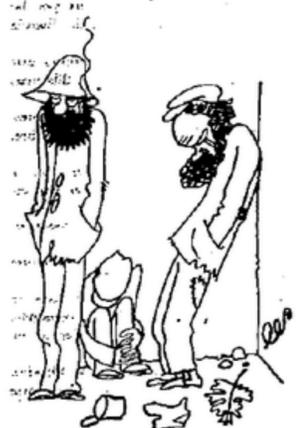
Tierra y Libertad

Redacción y Administración:
Unión, 19, 1.º, 2.º
Teléfono 23658
BARCELONA

ERRORES DE UN SISTEMA

La Ley de Vagos a través de unas caricaturas

«EL CAP GROS» Y «EL JUNDÓN»



«El Jundón», «el Cap Gros», y «el Samosón», tres casos que, no por ser únicos, sino por ser típicos del entero carácter y efecto de ese timo colectivo llamado ley de Vagos, deben llegar al conocimiento de las gentes. Y le llamo timo, porque se ha timado—una vez más—la credulidad popular; los hechos lo atestiguan.

Se ha timado o intentado timar al país porque se ha querido hacerle creer que esta ley iba contra la vagancia, cuando iba, en realidad, proyectada contra el trabajo organizado; se ha pretendido que iba a regenerar a los vagos y que los regeneraba, y sólo ha tratado, en realidad, de limpiar las calzadas de los fantasmas de la vagancia opulenta que, quiete que en el charol de sus automóviles no se miren los indigentes espectros de sus resultados. Hoy día, si se compilasen en un libro memoria e historia de esta etapa legal, caso por caso y hombre por hombre, se evidenciaría el sarcasmo y el crimen, la injusticia e impudor de esta ley y los que con ella se relacionaron como mandatarios. Pero ¿de qué ley no podría decirse lo propio?

Debido a la inconsciencia o productiva consciencia de los periodistas burgueses y los fotógrafos de Estampa y Crónica, muchas gentes de buena fe han creído en las colonias de vagos y creen aún. Prácticamente, y atendiendo al número de encartados en la disposición legal que denunciamos, las colonias no existen, y si existiesen en número suficiente, sólo serían—sólo pueden ser—acotados coloniales del esclavismo violento, por boca de fusil, bajo el imperio del látigo. ¿Regenerar? ¿Quién a quién? Hay en la cárcel de Barcelona unos cartelistas muy cudos, uno de los cuales reza:

El trabajo dignifica al hombre.
La ociosidad le deprime y escarnece.

Bajo el hay un banco en el que siempre dormitan, sin nada que hacer, cinco «empleados» del Estado. El cartel les viene al pelo. Cúlguese preso trabaja más, aunque sólo sea jugando a la pelota, leyendo y bariendo su celda.

Dos obras maestras del Sumo Hacedor. Dos siluetas grotescas, lamentables, del quíñol humano. Dos vivientes acusaciones al sistema capitalista, al atropello legalizado, a los que envilecen y degradan al hombre, a los que atropellan el derecho de gentes y asesinan lentamente a sus hijos espurios. La cabeza inverosímil del uno parece, por sus dimensiones, la catedral de la religión de la miseria; ese garabato que aun atiende por «Jundón» es la interrogación final del rótulo de una novela deprimente: ¿Fue hombre alguna vez?

Son espectros, pero entre su jerga inarticulada, inarmónica, se reconocen a veces retazos de palabras. Cuando un capricho... nos llevó a la quinta galería, la legión «extranjera» de los vagos; los vagos de tercera clase, yacían arrumbados contra una pared, muertos en vida, hostiles e histricos como fieras reacias a la domesticidad social.

En el submundo de la miseria, un poco más de abandono, de incapacidad para buscarse medios de vida, es el abismo que se abre entre el indigente y su semejante más próximo que desdenosamente afirma: «¿Quién, ese? ¡Es un mangante!» Y los dos son mangantes a la busca de un poco de vida, de una mínima oportunidad que jalone un día más de miseria. Todos somos hoy mangantes que esperamos la gracia de una limosna de trabajo o



de dinero. Sólo que algunos preparamos otro presente y, cuando llegase el caso, sabríamos reclamar nuestra parte en forma andalga a como el Estado consigue sus ingresos.

Y aquel mundo hostil se cerraba a toda interpelación; si se les interrogaba, callaban y miraban vidriosamente; a lo más respondían con un monosílabo que extraían de muy hondo con gran esfuerzo, pues en ellos el divino don de la palabra pertenecía al pasado. Pero ¿habrían hablado alguna vez?

Se negaban tícidamente a reconocer que en la galería había pasado algo. Habían entrado «los sociales», los más odiados por Rojas y su estado mayor de inquisidores; los

anarquistas. Los anarquistas no pueden vivir sin llamarle de tú a todo el mundo. Se hallan en posesión de una verdad y necesitan vocearla. No pueden tolerar espectros; quieren individuos, buenos o malos—si bueno y malo quiere decir algo—, pues que el anarquista siente en los rasgos personales la verdadera manifestación de la energía vital que sólo necesita un buen trampolín para saltar hacia cumbres ideales. Un criminal cínico puede ser aún un hombre. Había que ver qué eran aquellos seres barbudos, sucios y esquindados.

Fue embajador diplomático un simpático camarada, de esos ingéñeros humoristas que alegraban hasta las horas imposibles de la represión. Como se ha hecho desde Linvingstone hasta nuestros días de noticiarios cinematográficos y films documentales, nuestro camarada recurrió al halago y a las baratijas. Les bailó danzas indias, les dijo que les iba a buscar novia, les tiró de las temerosas barbas, les dió tabaco y les habló en caló. Un buen día, la asombrada asamblea carcelaria contempló a un Apolo de la miseria, adornado, aconsejado y ayudado por nuestro benemérito camarada. Se le dió ropa limpia y se le hizo afeitar. Los demás vieron que este nuevo gentlemán fue confortado de los escalofríos y angustias que un baño de agua fría produce en quienes olvidaron que el agua debe ser amiga íntima del hombre, con leche caliente y alguna otra cosilla. A la ducha fueron todos, y por virtud de aquella semi-vuelta a la Naturaleza en parte, en parte también despertaron al instinto comercial y a las ventajas de la relación social, se hicieron asequibles primero y se fueron dibujando sus siluetas psicológicas; despertaron sus intereses, el interés que les dictaba su necesidad.

«El Cap Gros» y «el Jundón» constituían una pareja que mentalmente no puedo disociar; algo así como un Stan Laurel y Oliver Hardy de capricho goyesco. Los dos únicos, los dos poseyendo un instinto animal superior a la inteligencia de muchos hombres.

«El Cap Gros» se volvió, poco a poco, parlanchín y gracioso oportunista. Con una zolilla apagada en la boca y el «pentagrama» fruncido, con el cuerpo endeble, de estructura adolescente no obstante su edad indefinible, echado hacia adelante como si el peso de aquella cabezota que se escapaba de la gorra tirase con neotoniana fuerza, el «Cap Gros» se enquistaba al borde de los corrillos discutiendo, y cuando nadie sospechaba su existencia, soltaba cuatro palabras oportunas que acababan, casi siempre, con la seriedad de los más serios. Aquella escoria social, desecho de asilos y otros vertederos beneméritos que la sociedad paga para tranquilidad de su conciencia y embellecimiento de las perspectivas urbanas—y comedero de los «uno-asilados», aquel ser socialmente inofensivo que no merecería una sola mirada del juez rutinario y embotado, tenía talento, un talento más vivo y despierto que el del juez que lo condenó, privándole de un plumazo de lo único que poseía: su libertad callejera y ambulante, sin perjuicio para nadie, que la miseria vive de la miseria y no de los poderosos ni por el favor del Estado; de las hierbas más miserables que de su misero pienso des-

denan los burros que soportan la carga social, a más de nutrir a los ricos y al Estado.

«Vas a cualquier taberna—decía el «Cap Gros»—y cantas; si les gustas, siempre dan algo, y si no, también, para que te vayas.

Había estado en el Asilo Durán y no le gustaba hablar de ello; no sería tan bueno aquello. Sabía un par de trozos de ópera, que cantaba con voz potente y no muy horriblemente—guardando las distancias con Fleta, justo es decirlo—. Un día, un compañero de temperamento exaltado que exacerbaba la prolongada reclusión gubernativa—tiempos de Portela—, trataba de imbuirle algunas nociones de astronomía. El «Cap Gros» escuchaba muy serio y atento a todo aquello de que las estrellas son mundos y que la Tierra gira haciéndole la rosca al Sol, y en lo más fogoso y emocionado del desahogo cosmogónico de nuestro amigo, interrumpió el raid interplanetario.

«Em sembra que tu també estàs una miqueta mal del cap—y agregó, diplomático:—No molt, per això: una miqueta, només.

Luego miró largamente al azul, en donde cuatro hilachas de nube colgaban su luminosa blancura en un sol otoñal, picante, como todos los otoños, y comentó:

«¿Qué es bonic!—insistió. «Es un azul... ¿eh?»

Bajo la cabeza como cansado por el esfuerzo de elevarla a lo alto, frunció en su frente tantas arrugas como cuerdas tiene un arpa, mordido muecando la indescriptible colilla de puro incrustada en su boca, miró sin ver y dijo:

«En el Asilo los frailes me contaban... ¡No los creo, por eso! Digo yo... No digamos que sea como dicen, pero yo sí que creo que ha de haber algo... A veces...—miró al azul muy serio y farfulló pensativo:—Algo... ¡quién sabe!—. Y nombró a Dios.

Como los ricos ociosos presumen de sus achaques que les entretienen y entretienen a la cohorte vividora de médicos y farmacéuticos, así el «Cap Gros» presumía de su anomalía mental.

«Estoy una mica malalt del cap. Yo me lo noto. No anda bien todo, aquí dentro—y apuntaba con un dedo a aquel desconcertante cajón de algo, porque algo—Dios o llama—debe bullir allá dentro.

No andaba todo mejor por fuera, pero el «Cap Gros» no podía quejarse. Le habían metido un Dios en su cabezota y habían metido en la cárcel a él, a su cabezota y a Dios: Ahora, podrán todos juntos regenerarse.

L. SANTOS DAVANT

ACCION SOLIDARIA

En Lodosa (Navarra), funciona un grupo artístico «Renacer» que ha puesto su entusiasmo y su juventud al servicio de una acción solidaria. Con la representación de obras de carácter social, al mismo tiempo que se propone hacer una labor proselitista, quiere recaudar fondos para finalidades solidarias, como por ejemplo los huérfanos de Asturias, a los que últimamente han enviado 61'45 pesetas.

También han recaudado en una función teatral reciente casi un centenar de pesetas para los enfermos y desocupados de la localidad, captándose por esa labor amplias simpatías.

Alianzas estatales y socialismo

LA POSICIÓN DE LOS SOCIALISTAS ANTE EL PACTO

El pacto francorruso ha suscitado una discusión apasionada en el campo del movimiento obrero. Que el pacto es una alianza no sólo para la paz, sino también para la guerra, al respecto están de acuerdo los socialistas. Pero calman su conciencia al decir que se trata de un pacto contra la guerra y no a favor de la guerra. La defensa de la patria les interesa sobre todas las cosas. Sus oradores en la Cámara, Spinasse, que habló en lugar de León Blum, el jefe del partido, enfermo, declaró sin ambigüedades:

«No consentimos en esa renuncia: los socialistas estamos dispuestos a defender a nuestro país contra toda agresión, porque la libertad de la nación es para nosotros la primera de las libertades democráticas, y consideramos la patria como la propiedad de los que no la tienen.»

Lógica maravillosa. No es nueva, sino que evoca viejos recuerdos en nosotros: El hijo más fiel de la patria es el más pobre, decían los socialdemócratas alemanes. Y por eso se les llamó socialpatriotas. 22 años después del estallido de la guerra mundial se manifestaban en favor de ese socialpatriotismo de funesta memoria, también los socialistas franceses otra vez.

Pero la discusión sobre el pacto atrajo círculos más vastos, tocando el problema del socialismo y de la revolución. Sobre esto hay que informar algo. Jean Zyromski, representante del ala izquierda del partido socialdemócrata francés, gritó en el órgano del partido, «Le Populaire»: «Esa agresión de un Estado contra la Rusia soviética debe ser respondida por la clase obrera del país agresor con la huelga general, con la insurrección, con el sabotaje del aparato militar, para combatir al gobierno delincuente por la vía revolucionaria. Pero si la clase obrera de un país capitalista se encuentra frente a un gobierno que ha concertado con Rusia un pacto, no se puede tratar entonces del sabotaje al aparato militar, en caso de que ese país se vea arrastrado a la guerra. Si se entendiera de esa manera el derrotismo y se aplicara así, en lugar de cooperar a la derrota del agresor, se favorecería a éste y se obraría en realidad contrarrevolucionariamente.»

Esto significa: en un caso, a la guerra debe responder el proletariado con el sabotaje del aparato guerrero; en otro caso ese sabotaje es «contrarrevolucionario». De esa contradicción, que el mismo autor advierte, sale Zyromski dando un salto aparentemente atrevido. La clase obrera durante la guerra debe arrancar el poder a la burguesía, librar al país de la influencia de los capitalistas, de los imperialistas y de los nacionalistas.

Esa solución es demasiado bella para ser verídica. Uno de sus propios correligionarios, Severac, responde acertadamente a Zyromski en el «Populaire»: «Es imposible intentar la toma del poder cuando se quiere sabotear la guerra. La toma revolucionaria del poder exige que una parte esencial de los combatientes sea apartada de la guerra para dirigirla contra el go-

bierno. De ahí resultaría una sensible debilidad de la ayuda aportada a la Unión soviética, lo que según las circunstancias puede llevar a la derrota de la Unión soviética. ¿Quién de aquellos, que lo quieren intentar todo para salvar a la Unión soviética se atreverá a asumir esa responsabilidad, que puede culminar en la derrota de la U. R. S. S.?»

Severac señala, además, que las revoluciones no se producen durante las guerras, sino en el mejor de los casos, después. Para él hay dos posibles soluciones, únicamente: «O bien se tiene el valor para decir abiertamente que la defensa de la Unión soviética no nos impone ningún deber militar, y entonces hay que levantarse desde ahora contra las consecuencias posibles del pacto francorruso. O se coloca la defensa de la Rusia de los soviets por encima de todo, sin pensar en la eventualidad de un fin revolucionario; entonces hay que dirigir la totalidad de las fuerzas nacionales de defensa a ese objetivo.»

POSICIÓN DE LOS COMUNISTAS

Los comunistas colocan la defensa de la Unión soviética sobre todas las demás consideraciones. ¿La revolución antes que la guerra? ¿No han declarado los representantes de la Internacional juvenil comunista de Moscú en el verano de 1935 ante los representantes de la Juventud socialista de París que sería contrarrevolucionario hacer la revolución antes de la guerra? ¿No ha aprobado Stalin los armamentos del militarismo francés? ¿No se han declarado de acuerdo con la opinión de Stalin los comunistas franceses?

Los comunistas franceses en realidad no van tan lejos como el socialdemócrata de izquierda Zyromski. No quieren debilitar la potencialidad bélica de las potencias aliadas con Rusia por una propaganda antimilitarista revolucionaria. Por eso se colocan en un frente con los patriotas franceses. Para defender a la Rusia soviética se reconcilian con el militarismo del propio país. El militarismo, el enemigo más peligroso de la clase obrera, ¡se transforma en el aliado de los comunistas! Los créditos de guerra en los Estados capitalistas son aprobados por ellos, esperando así que se pongan de parte de Rusia.

Más grande de lo que es hoy no puede ser la confusión y la desorientación en el movimiento obrero socialista. Los socialdemócratas fueron siempre patriotas. Lo han olvidado todo y no han aprendido nada. El movimiento comunista, como reacción contra el social patriotismo de los socialistas, se declaró en su propaganda, enemigo de los Estados imperialistas. Y muchos dieron fe a sus palabras. Pero ahora el Estado ruso desea la ayuda del proletariado internacional. Y de golpe el imperialismo francés no es ya enemigo, sino aliado de la Unión soviética. Los comunistas franceses han descubierto de repente su corazón patriótico. «Estamos orgullosos del pasado glorioso de nuestro país», gritó el secretario del Partido comunista de Francia, Maurice Thorez, en una sesión del partido, el 17 de octubre de 1935. El evangelio nacionalista de los patriotas es aceptado por los comunistas en su código de propaganda.

FOLLETOS DE «TIERRA Y LIBERTAD»

Libertad teórica y libertad efectiva

llamaba partidario del absolutismo siendo absolutista.

De esta contradicción se deduce lógicamente que si el bando liberal no era liberal, el bando absolutista era absolutista. Los dos eran genuinamente absolutistas.

La obra a que me vengo refiriendo «Un suspiro de libertad», presenta tal vez por primera vez, los hechos de la guerra carlista (era la segunda, año 1875) en un terreno de verdad y objetividad. La guerra es lo de menos desde el punto de vista del autor. No sólo no se inclina éste a ningún bando, siendo escuetamente pacifista, sino que aparta de los personajes la nota falsamente patética. Prescinde del patriotismo y del liberalismo escrito. No forma entre los absolutistas ni entre los enemigos políticos de éstos. No trata tampoco de apelar al falan sentimentalismo de cementerio describiendo los horrores de la guerra para hacerlos odiar a las presuntas víctimas de futuras guerras. El motivo central de propaganda contra la guerra tendida que ser, no el horror posible de quedar desfigurado o muerto sino el crimen de matar y violar. En las guerras, no todos los que las hacen se convierten en cadáveres. En cambio, no hay guerrero que haya dejado de matar.

Pero volvamos al autor. Ni liberales técnicos ni absolutistas de acción merecen sus preferencias. Tampoco se inflama por ninguna patria. Lo que hace es subrayar la intrascendencia total de los beligerantes y de sus partidos. «Liberales y carlistas—consigna un crítico certero—se nos aparecen haciendo la guerra porque se han habituado a vivir sobre el país a sus expensas, y buscan en las casas de campo gallinas y jamones más que enemigos.»

Según uno de los personajes de la obra, un suspiro de libertad y otro y otro más, acabaron por formar el vendaval de las revoluciones. He aquí una interpretación ajustada de los hechos, pero siempre que se precise lo que es un suspiro de libertad, un deseo de libertad. La libertad no pueden desearla los que buscan gallinas y jamones por las masías o cortijos, vayan mandados por generales de ros o de boina. La libertad sólo es deseada real y efectivamente por los que saben obtenerla por el propio esfuerzo. Desearla es poco: acompañar el deseo con la efectividad de libertad, el deseo no es nada más que un arranque inútil sin continuidad y brío.

A ningún autor del campo autoritario, como a Nicolás María Rubió, que escribió

«Un suspiro de libertad», se le había ocurrido demostrar que liberales y carlistas no eran más que unos maleantes que iban de cortijo en cortijo robando gallinas y jamones. Y esta pugna de carlistas y liberales por desvalijar los cortijos era la misma pugna parlamentaria y política de los tiempos que correspondían a aquellas guerras.

Conviene subrayar que la obra de Nicolás María Rubió no ha podido representarse por actores profesionales. Es preciso insistir en que precisamente por su calidad libre no halló acomodo en la escena barcelonesa poblada ahora por el arte de astracán, la charlotada, el desnudo sicilpítico y la comedia amerengada.

Podrán parecer intrascendentes estas notas de crítica, pero nótese que si las guerras carlistas quedan reducidas a una vulgar pugna entre maleantes que van a caza de jamones y gallinas, y aquellas guerras carlistas costaron millones de vidas y millones de pesetas ¿qué pensaremos de sus caudillos? ¿Y qué pensaremos de los que obedecían con armas en la mano a aquellos caudillos? Sobre todo ¿qué idea tendremos de los partidos de los alistados de batalla a unos grupos de uniformados para que rivalizaran en la busca y captura de gallinas?

Resalta como contraste el hecho de que los bravos guerrilleros de montaña y trabuco se echaban al monte sin días ni

amo eran antipodas de aquellos guerrilleros de pantalón rojo y ros o boina. Stendhal, afirma en las primeras páginas de su obra «La abadesa de Castro» que el llamado bandolerismo italiano no era sino la oposición a los pequeños reyreyes despóticos que sucedieron a las Repúblicas medievales.

En España, el verdadero bandolerismo está representado por los guerreros que andaban a caza de gallinas. No se limitaban, claro está a cazar gallinas, sino que violaban, asesinaban, quemaban y fusilaban. Pero el motivo principal de los alistados para alistarse era un afán vehemente de entrar a saco en los gallineros y despensas.

Los guerrilleros de montaña y trabuco, en cambio, desdenaban el oro. Exceptuando a los que iban de monte en monte para propagar el terror absolutista o imponer la autoridad de algunas casas feudales temerarias los guerrilleros de montaña y trabuco, cuya vida no ha sido estudiada más que desde el punto de vista oficial, sabían vivir sin recurrir a ningún indulto y morir sin recurrir a ninguna hajeza. Pero los uniformados guerreros del Estado que prevencía o quería prevalecer no eran más que mercederos que transaban por el monte incauto en vez de cultivarlo mientras que los guerrilleros de montaña y trabuco se echaban al monte porque los tigres feudales no les dejaban cultivar la tierra ni vivir.

F. ALATZ